virtuosos; que tienen gran número de libros superfluos por parecer sabios, ó que se dedican á predicar bien por ganar aplausos.

La sencillez en la doctrina que se predica al pueblo, era un punto que trataba nuestro Santo muy frecuentemente. No se pueden leer sus cartas ni sus conferencias sin advertir en ellas el temor que tenia de que sus hijos tuviesen la desgracia de apartarse de estas reglas, y de que quisiesen, como suele suceder á algunos predicadores, adquirir aplauso por medio de unos sermones pomposos. Encargaba á sus hijos que desterrasen de ellos cuanto pudiese tener visos del espíritu del mundo, de afectacion y de vanidad. Entre las muchas razones que alegaba, decia, que así como las hermosuras naturales tienen mas atractivo que las artificiales ó supuestas, así tambien los discursos comunes y sencillos son mejor recibidos que los afectados y dispuestos con artificio. « Procurad predicar, decia, como predicó Jesucristo. Este divi-« no Salvador, como que era el Verbo y la Sabiduría del Eterno « Padre, podia si hubiera querido, hablar de nuestros mas subli-« mes misterios en términos mas elevados; pero sabemos que « siempre habló con humildad y sencillez para acomodarse al pue-«blo, y darnos un ejemplo y un modelo de cómo hemos de tra-« tar la divina palabra. Este gran Maestro, cuando estaba para « enviar á sus apóstoles á que predicasen el Evangelio, les en-« cargó la sencillez de la paloma, como una de las virtudes de « que mas necesidad tenian, tanto para atraer sobre sí las gra-« cias del cielo, como para disponer á los hombres á que los oye-« sen y creyesen. Estas palabras no se dirigen solamente á los «apóstoles, sino tambien á todos aquellos á quienes la Providen-«cia ha destinado para la conversion de las almas; y así, señores, « vosotros os las debeis aplicar. Dios se complace en conversar con » los sencillos, como se lée en los Proverbios: 1 Cum simplicibus « sermocinatio ejus. Camina en su compañía, y hace que caminen « con seguridad. Solamente á los sencillos está concedido el «aprender en la escuela de nuestro Señor : su doctrina es un « enigma para los sabios y prudentes del siglo, como él mismo lo « declaró por S. Lucas: 2 Confiteor tibi, Pater . . . . quod abscondisti « haec a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Finalmen« te, el espíritu de religion mas comunmente se halla entre los « sencillos que entre las personas del gran mundo."

Enviando nuestro Santo á uno de sus sacerdotes á cierta provincia, le dijo: «Vais á un pais en el que, segun se dice, todos « sus habitantes son astutos y sagaces. Si esto fuese así, el mejor « modo de ser útil á aquellas gentes, será tratarlas con sencillez, « porque las máximas del Evangelio son absolutamente contrarias « á las del mundo; y como vais á servir á nuestro Señor, debeis « conformaros con su espíritu, que es espíritu de sencillez y rec-«titud." Este sacerdote arregló su conducta gobernándose por un consejo tan prudente, y el pueblo, admirado del candor del misionero, ofreció á nuestro Santo una buena fundacion, que admitió, porque allí se podia hacer mucho bien. Envió Vicente á ella por primer Superior á un hombre que reunia á un talento sólido una perfecta sencillez. Acaso no se hallará prueba mas eficaz para hacer ver hasta donde llegaba la delicadeza de nuestro Santo en esta materia, como la carta siguiente, en respuesta á un sacerdote, quien le habia escrito que le tenia absolutamente entregado todo su corazon. « Os doy gracias, le dice, por « vuestra carta y por el presente que me haceis: vuestro corazon « es demasiado bueno para ser puesto en unas manos tan malas « como las mias; pero bien sé que vos me le dais para que yo se «lo vuelva á nuestro Señor, de quien en la realidad es, y á cuyo « amor quereis que él esté incesantemente ordenado. Sea, pues, « desde ahora ese amable corazon únicamente de Jesucristo, y séa-« lo absolutamente y siempre en el tiempo y en la eternidad. Os « ruego pidais al Señor me dé parte en el candor y sencillez de « vuestro corazon ; estas son unas virtudes de que yo tengo gran « necesidad, y cuya escelencia es incomprensible. Espero que con « esos señores vuestros compañeros pondreis los cimientos para « que el edificio quede fundado sobre piedra firme, y no sobre are-« na movediza. "

<sup>1</sup> Cap. 5. v. 52. 2 Cap. 10. v. 21.

## CAPITULO XIV.

Su prudencia.

«LA prudencia cristiana, decia Vicente, se ordena al fin, y este « siempre es Dios. Esta prudencia elige los medios, arregla las "acciones y las palabras, hace todas las cosas con madurez, con « peso, número y medida. Como su fin es bueno, tambien lo son « sus motivos. Ella consulta á la razon; pero como las luces de « esta regularmente son muy cortas, consulta con mayor seguri-« dad las máximas de la fe que nos enseñó Jesucristo, porque sabe « que el cielo y la tierra pasarán, pero la palabra del Hombre Dios « permanecerá eternamente."

Para proceder con arreglo á estos principios, cuando nuestro Santo era consultado acerca de algun negocio, levantaba desde luego su espíritu á Dios para implorar su asistencia, y aconsejaba tambien á los que le pedian consejo, uniesen sus oraciones con las suyas, para que el Señor les manifestase su voluntad en órden á aquello sobre que se habia de deliberar. Oia despues con mucha atencion el asunto que se le proponia, lo meditaba muy despacio para que no se le olvidase circunstancia alguna, y procuraba volverse á informar cuando lo juzgaba necesario. Si se trataba de negocios de entidad, pedia tiempo para examinarlos, y mientras resolvia encargaba que los encomendasen á Dios. Gustaba tambien de que al mismo tiempo se aconsejasen con otro: y cedia siempre al dictámen ageno, con tal que la justicia y la caridad no padeciesen. Finalmente, cuando tenia precision de dar su dictámen lo hacia con tanta prudencia y con un estilo tan ageno de decidir, que al mismo tiempo que proponia lo que juzgaba mas conveniente, dejaba á otros la accion de resolver. Si le instaban á que diese absolutamente su dictámen, lo decia con mucha concision y sin oponerse á los que eran de contrario parecer. Despues observaba dos reglas: la primera, conservar siempre bajo el sello de un inviolable secreto el negocio sobre que se le habia consultado: la segunda, mantenerse siempre firme en la resolucion que habia tomado.

Era muy dificil que un hombre que seguia reglas tan justas,

y que por otra parte estaba dotado de talento, cometiese errores; y así fué mirado de todos hasta su muerte como el hombre mas prudente de su siglo. Durante su vida la casa de San Lázaro, segun ya hemos dicho, era còmo un centro donde se reunian todas las personas que pensaban hacer algun considerable servicio á la Iglesia ó á sus prójimos. Obispos, magistrados, curas, doctores, religiosos, abades, superiores de comunidades, todos acudian á él como al oráculo de su tiempo. « Hablo por lo que he visto, dice un « testigo digno de fe: yo mismo acompañé al príncipe de Conti y « á los señores de Urfe y de Fenelon en una visita que le hicieron « para saber su dictámen sobre varios asuntos."

La alta idea que el santo obispo de Ginebra y la venerable madre Fremiot de Chantal habian formado de su prudencia, los movió á precisarle á que aceptase la direccion de su primer monasterio de Paris: la fama de esta prudencia indujo á Luis XIII á llamarle á su corte en el tiempo que mas necesitaba de una sabia direccion. Los prudentes consejos que dió á este rey estando ya cercano á su muerte, y que fueron de suma edificacion para toda la corte, movieron á la reina madre á ponerle al frente de su Consejo y á hacerle dueño de su principal confianza. Para dar una justa idea de la prudencia de este gran hombre, seria necesario examinar toda su vida, particularmente desde su entrada en la casa de Gondi hasta el dia de su muerte; pero el lector podrá suplir la falta de esta relacion, acordándose de los prudentes reglamentos que hizo en varias ocasiones, de los medios de que se valió para llegar á consolidar el gran número de establecimientos de que fué fundador, de las constituciones que hizo para su Congregacion, de la conducta que observó durante las guerras del reino, y de los consejos que su empleo ó su caridad le obligaban á dar: no pondremos aquí mas que dos ejemplos.

Un obispo amigo suyo le habia asegurado que jamas mudaria de esposa, esto es, de iglesia, ni admitiria otra por rica que fuese. Para hacer ver que en este punto era firme su resolucion, le manifestaba su anillo pastoral, y añadia aquellas palabras del Salmista: 1 Oblivioni detur anima mea si non meminero tui. Poco tiempo despues se trataba de conferir á este prelado un rico ar-

1 Salmo 136. v. 3.

zobispado; habia apariencias de que las instancias de su familia le inducian á aceptarle: encontróse Vicente casualmente con él, y con el fin de acordarle sus antiguos propósitos, sin dar señales de reconvencion, le dijo con mucha gracia y respeto: «Monseñor, «os suplico que os acordeis de vuestro anillo. " Comprendió el prelado el sentido de aquellas palabras, y permaneció firme en su antiguo propósito.

Cierto eclesiástico sabio, gran predicador y de un muy distinguido nacimiento, hacia á nuestro Santo muy frecuentes visitas, teniendo en esto su fin particular. Supo Vicente por conducto seguro que pensaba mal acerca de la fe, que tenia poca religion, ó por lo menos se portaba como quien no tiene mucha. Nuestro Santo que deseaba su conversion, hizo por medio de un rodeo lo que no hubiera podido hacer en derechura sin esponerle á que se manifestase, y aun acaso á que jurase en falso. Díjole pues: «Se-«ñor, como séque sois sabio y gran predicador, tengo que pediros « un consejo. Algunas veces nos sucede en nuestras misiones hallar « personas que no creen las verdades de nuestra Religion, y nos « hallamos embarazados acerca de los medios de que nos debemos « valer para persuadírselas, y así os suplico me digais qué es lo « que debemos hacer en semejantes ocasiones para hacerles creer "las verdades de la fe." No agradó esta consulta al eclesiástico, y le respondió algo alterado: «¿Por qué me preguntais eso? «Os lo pregunto, replicó Vicente, porque los pobres se diri-«gen siempre á los ricos para lograr socorro en sus necesidades; a y como vos sois sugeto muy instruido y nosotros somos ignoran-« tes, no podemos hacer cosa mejor que acudir á vos para apren-«der lo que no sabemos." Estas palabras tranquilizaron al eclesiástico; y como su mal no estaba en el entendimiento, respondió al Santo, que lo que él haria seria probar las verdades cristianas: 1.º con la Escritura; 2.º con los Santos Padres; 3.º con el discurso; 4.º con el comun consentimiento de los pueblos católicos de los pasados siglos; 5.º con el voto de tantos mártires como derramaron su sangre por la confesion de estas mismas verdades; 6.º finalmente, con los milagros que Dios ha hecho en su confirmacion.

Luego que hubo acabado, y despues de haberle manifestado Vicente que le parecia muy bien este método, le suplicó que pusiese por escrito con sencillez y sin adornos lo que acababa de de-

cirle, y que se lo remitiese. Hízolo así el eclesiástico, y pocos dias despues él mismo llevó su escrito á nuestro Santo. « De mucho « consuelo me sirve, le dijo Vicente, el hallar en vos unas ideas « tan rectas. Yo me valdré de estas mismas pruebas que acabais « de poner en mis manos para defenderos. Puede ser que no que-« rais creer que algunas personas os acusan de que no pensais rec-« tamente en órden á los misterios de nuestra fe. Pero supuesto « que sabeis defender la Religion con tanta energía, debeis vivir, « no solamente de modo que no deis motivo alguno para sospechar, « sino tambien edificando al público. Una persona tan distingui-« da como vos está mas obligada que otras á dar buen ejemplo. A « la virtud junta con ilustre nacimiento le sucede lo que á una pie-« dra preciosa, que engastada en oro brilla mas que si estuviera « engastada en plomo." Un discurso tan prudente produjo al parecer su efecto. El eclesiástico por lo menos lo aprobó, y prometió arreglar á él su conducta, quedando al mismo tiempo agradecido á las precauciones de que nuestro Santo se valió para convertirle á Dios, y nuestro Santo muy contento por las buenas disposiciones que manifestaba. Ademas de esto sabia aprovecharse del tiempo para dar consejos, y los daba en unos términos tan mesurados, que lejos de espantar ganaba la confianza. Madama de Chaumont, superiora de la casa de la Visitacion de Compiegne, decia que Vicente tenia tal prudencia y talento, que nada se ocultaba á su penetracion, y que en los negocios mas dificiles, mas oscuros y mas complicados siempre elegia el mejor partido

A este testimonio podemos añadir el de otras cuatro personas, es á saber, Juan Isaly, secretario del rey; Juan Bautista Chevalier, consejero del parlamento; Francisco de Lamoignon, presidente del mismo parlamento; y Claudio Pelletier, ministro de estado. Estos depusieron en el proceso verbal de la canonizacion, que Vicente era un hombre de gran talento y muy hábil en el manejo de los negocios, que por eso acudian á el gran número de personas de distincion para tomar sus consejos: que su bondad y humildad le hacian que se igualase con todos aquellos con quienes trataba: que las personas de mayor talento no le hallaban inferior d ellas cuando tenian que tratar con el asuntos de la mayor importancia... Que Vicente se conducia en todas ocasiones can tanta prudencia, que aun los mismos que por razon ó por justicia tenian precision de serle contrarios, nunca pu-

LIBRO SEGUNDO

325

dieron que jarse de él. Este fué el testimonio que dieron del siervo de Dios los primeros hombres de su siglo. A estos se pueden añadir las deposiciones que hicieron en su favor millares de testigos de menos nota, pero que no merecen menos crédito.

## CAPITULO XV.

Su pobreza.

La desprecio de todos los bienes terrenos, de que hablaremos en el siguiente capítulo, nacia en parte del grande amor que Vicente tuvo siempre á la pobreza. Aunque antes de conocer los designios de Dios para con él, tuvo motivo para pensar en la carrera que debia seguir, confesaba despues que siempre habia sentido en su interior cierto movimiento secreto que le hacia desear no tener bienes propios y vivir en comunidad. Dios le concedió ambas gracias; llegó á verse padre de una numerosa familia; y aunque el estado en que le colocó la Providencia no era incompatible con la verdadera propiedad, supo hermanarle con una rigorosa pobreza. Acostumbraba tomar siempre para sí lo peor, usaba de sus vestidos todo el mas tiempo que podia, y para evitar el ponerse nuevos, se valia de los que ya habian gastado otras personas de su estatura. No obstante esto, era tan aseado y limpio, como el que mas de su estado. La necesidad en que continuamente se hallaba de concurrir á la corte y asistir en ella al consejo, nada mudó su porte, pues se presentaba delante de los reyes del mismo modo que se presentaba en su comunidad. Cierto dia el cardenal Mazarini, asiéndole del ceñidor que estaba un poco deshilachado, dijo en la corte de la reina: «Mirad como viene vestido á pala-« cio el Sr. Vicente, y qué hermoso ceñidor trae." Puede ser que á la hora de la muerte aquel rico ministro hubiera querido cambiar de alma y de suerte con el pobre sacerdote.

Su alimento correspondia al vestido, y el aposento era acomodado á uno y á otro. Por lo que hace al alimento, no habia mas distincion entre él y los suyos, que el ser mas austera su abstinencia. Estaba muy contento cuando le faltaba alguna cosa, ó cuando podia hacer su comida de un plato que otro no hubiese querido. En sus enfermedades observó la misma conducta, y sin embargo de estar siempre enfermo, miraba como prohibido para sí lo que estaba para sus hermanos. El ejemplo del Apóstol de las Indias mendigando su sustento, le parecia admirable: algunas veces le imitó hallándose en el campo, donde acosado del hambre y sin dinero (porque regularmente no lo llevaba consigo), acudia á casa de algun aldeano á pedir un poco de pan por amor de Dios. No obstante ser tan sobrio en el uso de los alimentos, todavía se los negaba muchas veces, porque no veia en sí sino aquel siervo inútil que no tiene derecho al sustento; por eso era en él tan familiar esta espresion, aunque de ningun modo le convenia: ¡ Ay infeliz! tú no ganas el pan que comes.

Su aposento era el mas sencillo que se puede imaginar; no tenia mas que una pieza sin chimenea, una cama sin cortinas, un gergon sin colchones, una mesa sin tapete, las paredes desnudas, dos sillas de paja, una sola estampa de papel y un Crucifijo de madera; estos eran todos sus muebles. «Confieso, dice en su depo-«sion el Sr. Chomel, primer médico del rey, que quedé admirado «al ver un hombre de tanto mérito y de tanta fama tan misera-«blemente alojado, sin tener mas muebles que los absolutamen-«te necesarios."

El espíritu de pobreza le acompañó á todas partes. Aunque tuviese necesidad de calentarse en tiempo de invierno, procuraba ahorrar la leña en beneficio de los pobres. Cuando habia necesidad de hacer ornamentos para su iglesia, no permitia que se hiciesen sino de camelote, á escepcion de los que se destinaban para las fiestas solemnes. Si en lugar de los muebles viejos que ya no podian servir se sustituian otros mas costosos que los anteriores, los hacia quitar. «Los bienes de la casa, decia, son bienes de « los pobres : nosotros somos ecónomos y no propietarios : todo lo « que no es necesario, será materia de una gran cuenta. Es verdad « que no somos religiosos, porque no ha convenido que lo seamos, ó « porque no somos dignos de serlo; pero no por eso es menos « cierto que la pobreza es el nudo de las comunidades, y particu-« larmente de la nuestra: este nudo, al mismo tiempo que la des-« prende de todas las cosas de la tierra, la unirá perfectamente « á Dios. ¡Ah! ¿qué seria de esta Congregacion si diese entrada

«á la codicia de los bienes, que segun el Apóstol, 1 es la raiz « de todos los males? Si este mal llega á suceder, ¿cómo se podrá vi-« vir entre nosotros? Entonces diriamos: tenemos tantas mil li-« bras de renta ; ya debemos descansar : ¿para qué hemos de tra-« bajar tanto? Dejemos á las pobres gentes de las aldeas ; cuiden « de ellas sus curas, si quieren hacerlo; vivamos con descanso. «sin meternos en tantos trabajos. De este modo la ociosidad se-« guiria al espíritu de avaricia: no pensariamos mas que en con-« servar y aumentar bienes temporales, y en buscar la propia sa-« tisfaccion. Entonces ya podriamos despedirnos de todos los ejer-« cicios de la mision, y de la mision misma, porque ya no la ha-«bria. Basta leer las historias: en ellas se halla una infinidad de « ejemplares por los cuales se manifiesta que las riquezas y la « abundancia de bienes temporales han sido causa de la perdicion, « no solamente de muchos eclesiásticos, sino tambien de comu-«nidades enteras, y en que por no haber sido fieles á su primer « espíritu de pobreza, han caido en un profundo abismo de des-« gracias. "

Uno de sus sacerdotes le hizo un dia presentes las necesidades de la casa. «¿Y qué haceis, le preguntó el Santo, cuando le falta « lo necesario? Yo, respondió, recurro á Dios. Pues eso es, repli- « có Vicente, lo que hace la pobreza : hace que nos acordemos de « Dios, mientras que si tuviéramos todo lo necesario, quizá nos ol- « vidariamos de él. Por eso tengo un gran consuelo al ver que « la pobreza voluntaria y real se halla prácticamente en todas « nuestras casas. En esta pobreza hay una gracia oculta que « no conocemos. Pero, replicó el misionero, vos proporcionais « bienes para otros pobres, y dejais á los vuestros en este estado. « Ruego á Dios, le dijo, que os perdone semejantes palabras: des- « de luego me persuado á que las habeis dicho indeliberadamen- « te; pero sabed que nunca seremos nosotros mas ricos, que cuan- « do seamos semejantes á Jesucristo."

Estos consejos, apoyados con los grandes ejemplos del que los daba, hicieron tal impresion en los corazones de sus hijos, que, generalmente hablando, no habia en la tierra cosa que tanto los contuviese. Vicente no obstante, no habia sido nunca gran panegirista de los suyos, particularmente cuando estaban presentes.

1 1. ad Timot. cap. 6. v. 10.

Despues de haberles dicho un dia que el hombre que tiene verdadero espiritu de pobreza nada teme, que todo lo puede y que nada le detiene, no pudo menos de hacerles justicia diciendo: «Por «la misericordia de Dios este espíritu se halla en la Congrega-«cion. Es necesario pedir al cielo que nos le continúe, y que nos «tengamos por felices en morir pobres, á ejemplo del Salvador, «que nació en un pesebre y murió en una cruz."

## CAPITULO XVI.

Su desinteres y despego de los bienes de la tierra.

Un particular que habia dado una renta de cuatro mil libras para misiones, llegó á verse necesitado: luego que Vicente lo supo le escribió que volviese á recoger la renta, añadiendo que si esta no alcanzaba, le haria retrocesion del capital; y para animarleá que se esplicase mas libremente, le dijo que no era esta la primera vez que le ocurria un caso semejante. Algunos años despues, habiendo sabido que uno de los bienhechores de su Congregacion atrasado, segun se decia, en sus intereses, culpaba muchas veces á su propia liberalidad, le dijo Vicente: «Yo os suplico que « os valgais de los bienes de nuestra compañía como propios vues-"tros. Nosotros estamos prontos á vender cuanto tenemos, y has-« ta los cálices, para socorreros. En esto no haremos mas que obe-« decer á lo que disponen los sagrados cánones, esto es, que res-« tituyamos á nuestro fundador cuando se vea en necesidad lo que « nos dió cuando estaba en estado de abundancia; y esto mismo « que os digo, lo digo en la presencia de Dios, y como en mi co-"razon lo siento."

Unas señoras de la primera distincion ofrecieron á nuestro Santo la suma de seiscientas mil libras ' para que edificase una nueva Iglesia; mas no quiso recibirla, alegando por razon, que habia muchos pobres necesitados, y que los principales templos que nos pide Jesucristo, son los de la caridad y misericordia.

Habia mas de dos años que le instaban á que admitiese una hacienda con la carga de una pension vitalicia; pero la pension

1 120.000 pesos.